

Félix Gordón Ordás (1885-1973)

Por FÉLIX CARRETERO ORRASCO

Nació y se crió Gordón Ordás en el seno de un hogar fervorosamente cristiano. Su madre, desoladamente sola en el mundo, hubo de trabajar en el servicio doméstico desde los trece años; su padre trabajó primero en las rudas faenas agrícolas y después como albañil. En aquella familia humilde se educaron los nueve hijos del matrimonio en la dura disciplina de aquellos tiempos bajo los principios religiosos y morales que con la mayor rigidez imponían sus progenitores.

Su vida entre los ocho y trece años fue de entrega total a las más extremadas prácticas religiosas. Su privilegiada inteligencia y formación a su más temprana edad, junto a las innatas dotes de oratoria, le permitieron intervenir y participar como orador en la Congregación de los Luis de su muy querida patria chica que fue León, llamando la atención de los frailes del convento de San Francisco, directores espirituales de aquella congregación juvenil. Así es como el adolescente Félix Gordón se fue preparando para abrazar el sacerdocio, para servir a Dios con su palabra, suprema aspiración a sus trece años, de suerte que así se lo planteó a sus padres, en los que produjo la consiguiente satisfacción; sin embargo, al manifestarle su progenitor cuánto placer le producía tal decisión, entendió que era demasiado joven para poder discernir y adoptar una resolución, al menos mientras no hubiera terminado los estudios del Bachiller.

Detrás de los años de aquella entrega absoluta al sentimiento religioso, empiezan a surgir en su mente nubarrones que trastornan poco a poco aquel equilibrio placentero entre el sentir y el querer. Viene seguidamente la lucha entre la creencia y la razón, y es entonces cuando profundiza en el estudio de la pragmática de la Iglesia, ampliando además el teórico de la Religión, a consecuencia de lo cual su fe se debilita más aún.

Ampliamente documentado sobre los tesoros que los conventos atesoran, de los cuantiosos ingresos de los obispados y de las salidas de fuertes

capitales para Roma, todo lo cual contrasta con una deplorable situación del clero rural, engendra en su conciencia de español un estado de opinión y el deseo de luchar contra lo que él considera injusto, mas no una campaña anticlerical, sino de redención contra la desprotección del clero anciano y necesitado que pasa los últimos días en casas de caridad.

Hombre superdotado y extraordinariamente cultivada su inteligencia—no dormía más de cuatro horas—adquiere una formación enciclopédica. Así, mientras ejerce sus actividades profesionales—fue el número uno del Cuerpo nacional veterinario por oposición—como inspector provincial de Higiene y Sanidad Pecuaria de Madrid, cultiva las actividades periodísticas como crítico de arte.

Pero en cierto modo, Gordón es un místico, que se deleita dejando vagar su imaginación en busca de la verdad suprema; y así lee insaciablemente, medita y dialoga larga y profundamente con su espíritu, creando situaciones de conciencia, similares en cierta forma a las logradas por San Juan de la Cruz, aquel doctor estático, porque en los soliloquios de ambos a mí se me antoja cierta similitud. Estudia y medita el fondo filosófico de los más profundos teólogos de todos los tiempos y quisiera llegar a idénticas conclusiones que las obtenidas por los grandes filósofos de la Iglesia, mas sin lograrlo, quizá porque en él pesa más la razón que la fe.

Sus dudas en torno a la verdad suprema son similares a las que atormentan a otros pensadores de su época, porque la luz de la inteligencia no les permite centrar el problema, al menos según la concepción clasista, y Unamuno, Ortega y Gasset y Gordón Ordás vivieron cuando la doctrina de Aristóteles había quedado un tanto desfasada como consecuencia de que descubrimientos científicos habían venido evidenciando errores en una doctrina considerada como dogmática durante muchos siglos. Efectivamente, el microscopio está llegando al mundo de lo infinitamente pequeño, Pas-

teur ha dicho «no» a la generación espontánea, Darwin ha dado carácter científico a la evolución y, la ciencia, en fin, va revelando secretos, que hasta poco antes eran «tabúes». La inteligencia en suma no estaba ya coartada por la tiránica opresión de que fue víctima Fray Luis de León y otros grandes pensadores de tiempos inquisitoriales. Y, cuando una mente privilegiada—avalada por una gran formación biológica—se interna en la psicología animal, como lo hizo Gordón, terreno éste deliberadamente ignorado por los escolásticos incluso—quienes no admitían otra psicología que la referida al autodenominado «rey de la creación»—las dudas se agigantan. Así una serie de factores concatenados van formando una opinión no coincidente con la de los clásicos, discrepando en lo empírico y especialmente en el terreno de la metafísica, donde le asaltan terribles dudas, porque es en este terreno de lo empírico donde al hombre le es dado discurrir por los más variados caminos en ausencia de la fe. Y quizá su rebeldía natural contra lo impuesto, ya sea en lo político-social, cual eran los regímenes dictatoriales del fascismo, nazismo y comunismo, o la hipoteca de la voluntad y de la conciencia establecida por el Santo de Loyola, era otra manifestación más de los inconvenientes de la imposición de un dogmatismo a ultranza.

Por otra parte, su gran formación en humanidades le proporcionó un fondo filosófico extraordinario, reconocido incluso por autoridades en la materia en franca discrepancia con su doctrina filosófica. Así, monseñor Eijo Garay, que durante muchos años regentó la Diócesis de Madrid-Alcalá, dijo de él: «Si ese hombre extraordinario hubiese permanecido creyente, habría llegado a ser, con sus sólidos conocimientos en teología, cánones, en moral y hasta en liturgia, con su palabra y pluma tan brillantes, uno de los grandes Padres de la Iglesia. Pero desgraciadamente es acaso el adversario que más daño nos hace, porque en vez de ser un anticlerical vocinglero nos ataca serenamente con nuestros propios textos».

Un ferviente católico navarro, que fue ministro de Justicia, don Manuel de Irujo, escribía lo siguiente: «Usted tiene, para regalar, caridad de cura de aldea y tesón de conductor de masas. Sea fiel a su propio temperamento, que, después de todo, es obra de la naturaleza, la cual, a su vez, es la obra de Dios. Hágame un favor: rece despacio, repitiendo las oraciones, el Padre Nuestro.

Y olvide, mientras dice aquellas palabras inmortales, a la iglesia arriana, visigótica y toledana que nos ha tocado en desgracia padecer». Y en otro escrito le decía: «Usted debería ser el Primado de Toledo».

Gordón silencia el nombre de un cardenal alemán, que vivía por entonces y actuaba en el Vaticano, quien pidió autorización en Roma a su ilustre amigo don José María de Semprún—muy sincero creyente también—y éste se la demandó y él la concedió, para que le permitiera dar a conocer a Su Santidad el Papa Pío XII, una carta de Gordón sobre el problema religioso en España.

Relata también su pena sincera respecto al diálogo mantenido con el sacerdote católico, después obispo de Canarias, monseñor Pildain, y diputado en Cortes como él, cuando en un saloncillo del Congreso, y después de haber cruzado impresiones respecto al mismo problema, le dijo: «El drama religioso que se desarrolla en su espíritu es que usted es un místico no creyente». Aquella frase—dice Gordón—me estremeció porque reflejaba mi batallar interno. A todos los que han sufrido las angustias del dudar les ha ocurrido lo mismo. Yo admiro, por ejemplo, profundamente a Pascal, que también vivió atormentado por la duda, y sin poder creer se empeñó en creer y creyó, convirtiéndose en uno de los más hondos filósofos del catolicismo; y al pensar yo en lo que debió ser permanente tortura espiritual siento por él una compasión infinita, pero no le he imitado, como en cierto modo no le imitó Unamuno, quien estuvo toda su vida—¡el sentimiento trágico!—padeciendo el mismo mal psíquico. Yo continué por el mundo mi camino sin la orgullosa pretensión de haber encerrado el infinito dentro de mi finito cerebro, pues estoy bien convencido de que

*No fuera Dios quien es
si fuera Dios entendido*

como escribió Lope de Vega en una de sus admirables «rimas sacras», añadiendo él allí que «es más seguro asilo creer que entender».

En una carta dirigida a su sobrina le dice: «Hay varios sacerdotes españoles que leen mis obras sin espantarse, entre ellos cierto obispo gallego; y el más insigne de todos mis lectores eclesiásticos fue un miembro prominente del Concilio Vaticano, sua eminencia reverendísima il Cardinale

Albareda, recientemente fallecido en Roma para desgracia de la buena iglesia católica.

Pero respetuoso siempre con las opiniones y creencias de los demás, a su sobrina le dice en una carta pletórica de cariño por su León y por su España: «Mas ¡por tu Dios! no te fanatices. Reconoce humildemente que a los seres humanos sólo nos son accesibles las verdades relativas. Cree en tu verdad, pero respeta las verdades de los otros, puesto que a nadie, absolutamente a nadie, le es dado poseer la verdad absoluta. Así te verás libre de cometer las terribles injusticias a que arrastra el morbo sectario, como el perpetrado por el estimable clásico de nuestra literatura, Luis Hurtado de Toledo, quien hizo decir en su poema dramático a Satanás, que Martín Lutero era escribano del infierno y gran demonio, sin paramientos en que dicho informe reformador religioso dejó de ser fraile dominico por un impulso moral, en protesta contra la decisión papal de vender las indulgencias. No olvides jamás que lo que más honra a una mujer o a un hombre digno de serlo es darle a cada semejante el trato que se merezca y en los malos casos inclinarse hacia la piedad comprensiva para quienes las necesiten por sus faltas o errores.»

Se plantea, con todo su realismo, el problema del origen del hombre ante la historia y ante el destino: ¿Es el hombre un ángel caído o un animal elevado? ¿Es el hombre una enfermedad de la vida? ¿Es el hombre una encarnación dionisiaca? ¿Tal vez son demasiado estrechas todas estas concepciones, como decía Max Scheler, y el hombre es nada menos que una dirección en el movimiento y en el fundamento del Universo mismo? No encuentra respuesta a una infinidad de interrogantes. Es el alma selecta de los hombres—dice—la que busca la determinación de lo que es el hombre; pero no sólo de lo que es el hombre ante la historia y ante el destino en la tierra, sino que planeando con mirada de infinito en los sistemas galácticos visibles, busca en los miles de millones de estrellas que la perfección telescópica descubre, si hay o no en ellos seres humanos como en la tierra existen. Y es tal el orgullo que el hombre siente de sí mismo, que cuando Eddington, después de planear por los universos sin límites, retorna a la meditación, asegura que el misterio de la conciencia, es el tormento humano, pero que es también el mayor gozo del hombre.

Estudia y compara la clásica teoría de Weis-

mann, quien considera que el hombre ha terminado su evolución, con las concepciones de Bolck, para quien el hombre sigue evolucionando, buscando con ello su propia destrucción, hasta el aniquilamiento quizá. Manifiesta su preocupación por las concepciones de Nietzsche y de Max Scheler sobre el todo-hombre, es decir, el hombre pleno. Con cierta timidez dice que el hombre es una conciencia; maravilloso fenómeno éste de la conciencia, que permite al mismo tiempo ser sujeto y objeto de su investigación, ya que por reflexión sobre sí mismo puedo saber «que yo soy yo y no otro», fenómeno que sume al alma en toda clase de torturas y delicias al mismo tiempo. ¡Cuánto no daríamos por poder penetrar en el fondo de las capas geológicas profundas del espíritu, según la calificación de Janet, para sacar de ellas aquel huésped desconocido de que nos hablara Maeterlinck, poderlo levantar hasta la corteza de nuestro cerebro, enfrentarnos con él, poder dialogar con él y saber cómo ha sido la evolución de nuestra propia vida en aquella parte espiritual, muerta para nuestro conocimiento, que fuimos arrastrando siempre sin saber que la llevábamos con nosotros!

Por dentro, el hombre siente vivir con él el tormento de no saberse íntegramente; por fuera, el hombre experimenta un tormento análogo, porque al enfrentarse con la maravilla del Universo, al tratar de investigarlo, encuentra siempre sus accidentes, pero jamás, por profundo que sea su trabajo, puede encontrar su esencia. Y es también en esta angustia de no saber cómo es el ambiente en que nuestro yo se desarrolla, donde hay un gran dolor del individuo, que nada sabe de fuera, que sabe poco de dentro, y para huir de sí mismo, el hombre crea a Dios. De esta manera va sintiendo más profundamente el ansia de vivir la vida plena, que Ortega y Gasset definiera diciendo que esa vida plena era «sentir afán, esperanza, temor y angustia»; mezcla admirable de lo que apetece e impulsa a la acción y de lo que no se puede tener e impulsa al dolor.

Sus concepciones sobre el dolor metafísico y el dolor biológico se presta a muy profundas meditaciones. El dolor metafísico—dice Gordón—es el de la duda por el venir aquí y por el más allá. Es el dolor de la eternidad de antes de nacer y de la eternidad después de morir; es el dolor que se puede encerrar en esta interrogante: ¿por qué? ¿Por qué nacer? ¿Por qué morir? ¿Qué justifica-

ción hay para el hombre al aparecer porque sí en el mundo, y desaparecer, porque sí también de ese mundo? Y el dolor biológico que es el tránsito, de a qué se viene y a qué se va; porque al permanecer aquí no solamente tenemos los misterios metafísicos, sino la dificultad en el vivir, en este vivir resignado. El dolor metafísico, en fin, es el dolor del individuo consigo mismo. El dolor biológico es el dolor del individuo en relación con los demás. Del primero no hay esperanza de redención para el hombre, porque quien añade ciencia añade dolor. Pero el dolor biológico, el dolor de vivir aquí, ¿es también una fatalidad de la naturaleza o, por el contrario, es el propio hombre culpable de ese dolor?

Contra este dolor, ya sea metafísico o biológico—en opinión de Gordón—hay tres maneras de reaccionar: una reacción mística, una reacción humana y una reacción ecléctica. La reacción mística impulsa a morir, es la del creyente absoluto, la del que tiene la vida terrenal como un paso fugaz hacia la inmortalidad. La reacción humana es la del incrédulo absoluto, la del que sabe o cree saber que no hay nada más allá y se resigna a vivir alegremente en su paso por la vida. Y la reacción ecléctica, que es la del que, creyendo y ansiando una vida futura, encuentra admirable la vida que vive y se dispone a disfrutar con toda intensidad.

Pero como fue en sus intervenciones en el Congreso donde quizá mejor expuso sus inquietudes filosóficas al defender las enmiendas a la Constitución, nos limitaremos a transcribir parte de ellas, mas sin que ello presuponga una incondicional aceptación de su filosofía ni de sus tendencias político-religiosas, pues que yo también mantengo el sagrado derecho a la discrepancia. Creo, sin embargo, que si Lutero no fue escribano del diablo, tampoco a Gordón se le debe adjudicar un título similar porque habiendo profundizado en la filosofía de la religión cristiana—donde se acreditó como gran canonista—no haya llegado a idénticas conclusiones que los teólogos de la Iglesia.

Gordón Ordás destacó en todas cuantas facetas de la ciencia profundizó. Potencialmente era un candidato a Premio Nobel, y lo hubiera conseguido de haber polarizado toda su inmensa actividad a la biología, a la economía o a cualquier otra rama de las ciencias. Pero Gordón era veterinario, veterinario con mayúsculas, en una época en que había que redimir a la veterinaria, y a su

redención consagró lo mejor de su juventud. Las reivindicaciones que él perseguía no parecía posible lograrlas deambulando exclusivamente por el terreno de lo profesional, y es entonces cuando buscando una nueva táctica se decide a explorar por los cauces de la política. Amante de su Patria y de su profesión, considera necesaria la creación de un Organismo Oficial que dirija y enfoque los problemas ganaderos—porque él ya intuye que la agricultura ha de estar al mejor servicio de la ganadería—y así consigue la creación de la Dirección General de Ganadería, que después ratifica mediante una Ley en una intervención larguísima, donde quizá por primera vez en España se mentalizó a los Poderes Públicos sobre la necesidad de prestar la debida atención a los negocios ganaderos; y lo hizo merced a sus profundos conocimientos de agricultura, ganadería y economía, todo ello avalado por unas dotes de oratoria que salían de lo normal. Sin embargo—malo es adquirir derechos y obligaciones con la política para un profesional—, Gordón hubo de atender más a la política que a la profesión, y así paulatinamente fuimos perdiendo al veterinario, ya antes de marchar a Méjico.

ENMIENDAS DE GORDON A LA CONSTITUCION

ENMIENDA 6.^a

«Huye del lodo del mundo y no temerás la muerte», aconseja San Isidoro, ni le temerás a la vida, me atrevo a añadir yo. Son muchos los espíritus selectos que han escrito frases bellas y profundas en torno a esta idea de que para las almas puras lo interesante no es el acto último de llegar, sino la serie infinita de actos sucesivos que se encierran en el andar hacia el fin.

La vida se convierte así en un constante deporte como finalidad en sí para los que no creen y como tránsito hacia otro vivir para los que creen y también para los que dudan. Cervantes nos enseñó que la sal de la vida es el camino y no la posada. Y Bremen ha dicho: «Navigare necesse est; vivere non est necesse». Con tal seguridad, el hombre puede obtener cada día, en su brega desinteresada por los senderos del vivir una victoria sobre la muerte, en vez de soportar la victoria constante de la muerte sobre él, con que nos

amenaza sombríamente desde su hermoso libro el beato Alonso de Orozco. Pero únicamente pueden disfrutar de este bien alado los que no se vinculan a lo percedero y tienen el refugio de una fe. Así les sucede precisamente a los sacerdotes que sienten bullir a Dios en su alma y experimentan los efectos irreprimibles de la náusea cuando se les habla de congruas.

Morir habemos. ¿Y después?

Y, sin embargo, el espíritu religioso, en la hondura del cual late siempre el temor, no nació de la necesidad de vivir, sino de la fatalidad de morir. «¡Morir habemos!», dicen en la Trapa; morir habemos, piensan todos los creyentes. ¿Y después? ¡Tremenda interrogación! El hombre no quisiera morir nunca. Ya le teme mucho al hecho físico de dejar aparentemente de ser; pero le teme aún más a la otra vertiente incognoscible, a lo que haya después de la muerte: si no hay nada, porque desaparecer en la nada le aterra; si lo hay todo, porque le espanta sumergirse en el todo. Tiembla ante la muerte si ha de ser la privación definitiva e irremediable de la vida; pero tiembla también si ha de ser la entrada cargada de miserias en una vida permanente. Y todavía le produce mayor congoja lo segundo que lo primero. De ahí la profunda sagacidad revelada por la frase de San Isidoro. Hay que vivir limpiamente para no temer a la muerte, y la mayor de todas las limpiezas es la de no apetecer riquezas, y el instrumento mejor para caminar desembarazadamente por la vida es la creencia.

«Si puedes creer, al que cree todo le es posible», se lee en el Evangelio de San Mateo como palabras de Cristo. Y ¿cómo se puede creer? ¿Deseando creer? ¿Es suficiente desear creer? «Sin el deseo de ver, no se ve», ha escrito Vinen; «creer—dijo Unamuno—es en primera instancia querer creer». ¡Querer creer! Y ¿quién no quisiera creer, si en el creer reposa el espíritu, que cuando no cree se debate en perpetua angustia? Pero no basta querer creer; es preciso poder creer; es necesario también sentir creer. Las páginas desgarradoras de ese breviario del dolor y de la duda en que Unamuno ha expuesto al desnudo «el sentimiento trágico de la vida», nos demuestran, en la terrible lucha de tan alto espíritu para creer con el corazón caliente en oposición a los dictados fríos de la cabeza, que no basta la inteligencia para creer, sino que es indispensable la colaboración del amor, pues nada más desconsolador

y triste, en efecto, que el criticismo puramente intelectualista. «A un corazón no le habla sino otro corazón», como observó felizmente nuestro Fray Diego de Estella, que es casi lo mismo que después dijo Goethe: «Sólo se aprende de aquel a quien se ama». Con el corazón debe el hombre buscar a Dios, porque con la cabeza no le encontrará nunca; con el amor a Dios debe el hombre buscar a Dios, porque con la cabeza no le encontrará nunca; con el amor a Dios debe el hombre la verdad sobre Aquél y sobre él, que fuera de este amor jamás le encontrará ni le vislumbrará siquiera. Pero tampoco basta tener corazón y estar predispuesto al amor, porque el corazón del hombre puede no encontrar el otro corazón que busca y el amor humano puede esterilizarse vertido en un vacío infinito de desolación. Y a pesar de ser el mundo el espíritu precipitado, según la poética frase de Emerson, dijérase que hasta el propio espíritu se convierte en piedra cuando el corazón y el amor danzan desorbitados y nada en el mundo se encuentra espiritual. Con el alma entenebrecida se pide entonces a gritos una fe, que no viene, o un generador de fe, que tampoco aparece; y así un alma, y otra, y otra, hasta que todas estas almas desplazadas satisfacen su ansia de eternidad de otra manera.

La hoguera de lo eterno

Cuando Landsberg afirma que el hombre oye el hoy y desoye la eternidad, demuestra que ha visto claramente este desfallecimiento de la fe en lo divino, pero expresa solamente una verdad a medias. El hombre actual tiene, sin duda, un doble sentido de lo eterno: lo eterno del mundo y lo eterno de fuera del mundo. Al oír el hoy el hombre atiende a lo eterno de aquí, que se basa en los datos de ayer, y acumula nuevos datos para mañana: es la ciencia, el arte, la política... la otra eternidad, la del más allá, que es la religión, resulta desatendida. No se debe contribuir nunca a apagar en el alma del hombre la hoguera de lo eterno. La sed de ser de que nos hablara un día el doctor Rubio debe sentirse siempre en relación con lo infinito. Yo no soy católico, ni protestante, ni mahometano, ni budista, porque mi apetencia de Dios desborda los límites de todas las sectas. En el Dios-todo quisiera creer siempre, y por eso, como Bíblico, pido que se me ayude en mi incredulidad.

El hombre no ha podido realizar creación más bella, para adormecer su ansia de no morir nunca, de ser eternamente un ser, que las llamadas religiones de salvación, porque en ellas no se cree tan sólo en el Dios existente, sino en el Dios que nos redime y al redimirnos asegura la inmortalidad de nuestra vida. Si este magnífico anhelo despertado por las religiones de salvación no se hubiera impurificado, es indudable que la Humanidad sería más perfecta y tendría el alma más llena de todas las virtudes. ¿Por qué perder este momento de crisis religiosa en la búsqueda de lo transitorio si les espera lo permanente? Son palabras divinas: «Por sus frutos los conoceréis...

ENMIENDA 8.^a

¿Qué clase de saber es nuestro saber de Dios?, planteado hoy agudamente, desde la aparición de los libros *Crítica del conocimiento religioso*, de Lipsius, y *Elementos para una filosofía de la religión sobre la base fenomenológica*, de Gründler. ¿Razonamiento? ¿Intuición? ¿Revelación? ¿Mezcla de los tres? ¿No existirá ninguna fuente especial de este conocimiento, como pretende Lipsius? ¿Habrà, por el contrario, según afirma Gründler, una intuición religiosa como forma esencial de la intuición categorial? Dudas atormentadoras, que despiertan otras dudas de mayor angustia, no ya sobre el conocimiento de Dios, sino acerca de su propia existencia.

Santa Teresa de Jesús no supo definir la divinidad de mejor manera que diciendo que es como un diamante de una transparencia soberanamente límpida y mucho mayor que el mundo. Pura ilusión poética. Muchos siglos antes que ella había confesado con desaliento uno de los primeros padres de la Iglesia, Clemente de Alejandría, que es imposible un conocimiento de Dios y que nosotros «sólo sabemos de él lo que no es». Casi cuatro siglos después eludía Kierkegaard la magna cuestión afirmando: «Dios no existe; es eterno». Y ¿qué significa eso? ¿Cómo se puede ser y no existir? ¿Qué es ser eterno? Dios es también un ser infinito, se nos dice. ¿Infinito? Y ¿qué es un ser infinito? ¿Cómo la razón humana, que es limitada, puede concebir un ser sin limitación? Y ser un ser, ¿no es estar ya limitado? Al decir «Dios», ¿no se dice una cosa en oposición a otra. ¿Conocer no es limitar? Pero, aunque conociéramos lo infinito e ilimitado, entonces «Dios

sería el todo y nosotros, en vez de criaturas de Dios seríamos parte de Dios y, por tanto, igualmente serían divinos la virtud y el vicio, el bien y el mal, la gracia y el pecado. Y ¿cómo el Supremo bien puede ser el mal supremo al mismo tiempo? Y no siendo posible esto, ¿por qué existe el mal? Siempre dudas quemantes, inquietud, deseo de dejar que a uno le arrastre el instinto. Por algo Bergson definió, en su libro *Les deux sources de la morale et de la religion*, lo que llama la religión estática—es decir, la religión natural—como una reacción defensiva de la naturaleza contra lo que pudiera haber de deprimente para el individuo y de disolvente para la sociedad en el ejercicio de la inteligencia». Sí; la inteligencia aplicada al conocimiento de Dios nos suele jugar malas partidas. Es infinitamente mejor dar rienda suelta al instinto de lo divino, en alas del cual el hombre, en su apetencia insatisfecha de inmortalidad, de eternidad, de infinito,

... alza sus manos codiciosas de lumbre
a la divina llama de la olímpica cumbre,

como bellamente dijo un poeta, y reza con fervor, y con fervor cree en Dios, en el mismo Dios que no pudo comprender y al fin siente.

ENMIENDA 16.^a

«A tal hombre, tal Dios.»

«al precepto de la sapiencia delfica: concómete a ti mismo, responde San Agustín: Al conocerme Te conoceré: noverium me, noverium te. Quiere decir esto que el conocimiento del hombre y el conocimiento de Dios, el antropomorfismo y el teomorfismo son una sola y misma cosa. Todo lo que es en el hombre es en Dios y recíprocamente. A tal hombre, tal Dios». Fue también un insigne católico ruso de hoy, Dmitry Merejkovsky, quien escribió estas magníficas palabras, recordándonos que para San Agustín conocer al hombre y conocer a Dios es un conocimiento único, y añadiendo por su cuenta que ante el espíritu humano Dios es conforme a lo que sea el hombre que en él piensa o que a él siente. Si el ser religioso eleva la creencia hacia las zonas inaccesibles de lo infinito, agiganta colosalmente a Dios dentro de sí. Y mientras se cree insignificante a causa precisamente de haber sentido un Dios tan extraordinario. Dijo Cristo según el evangelio de San Mateo

(capítulo XX, vers. 6): «El que quiera ser mayor entre vosotros sea vuestro servidor».

En la enmienda se pretende crear pensiones para los sacerdotes ancianos o enfermos, y en segundo lugar instituir premios a las mejores obras de fondo que publiquen los ministros de la Iglesia Católica española sobre los grandes problemas filosóficos, teológicos y morales que actualmente embargan la conciencia universal.

El delirante Estado-Dios.

Gordón Ordás, aunque respetuoso con sus oponentes—decía que no era «anti-nada»—, no dejó de manifestar su fobia contra cuanto supusiera antidemocracia, porque para él era sagrado el derecho a la discrepancia; por ello fustigó duramente al comunismo, al nazismo y al fascismo, no obstante sentir admiración por Mussolini como hombre inteligente, de forma similar a como pudo haberla sentido por Napoleón por la misma causa, independientemente de que estuviera en franca oposición con sus sistemas.

Como continuación a la defensa de la enmienda 16.^a, decía:

Los que hoy teorizan en el mundo sobre Estado totalista y ensayan su aplicación como gran novedad, olvidan el desastre que le ocasionó a Alemania, perturbando de rechazo a todo el mundo, la idea genialmente monstruosa del Estado-Dios, concebida por Hegel en delirio filosófico y encarnada definitivamente por Treitschke en el Estado prusiano. Recordémosla brevemente. Ante el Estado-Dios desaparece el individuo y cesan todos sus derechos. No hay más que una realidad viva, «el Estado como la realización de la idea moral, como la voluntad moral realizada». Esta concepción hegeliana le estremece a Treitschke de júbilo y le impulsa a abominar de los derechos de la conciencia y a justificar que «el fuerte quebranto al débil, por inexorable necesidad de la vida». ¡El Estado sobre todo! «Nuestra edad es una edad de guerra, una edad de hierro.» El Estado prusiano debe persistir por encima de todo e imponerse al mundo. «Pangermanismo» es la palabra que resume este concepto bárbaro de Treitschke, historiador de genio, escritor apasionado y apasionante, que falsea la historia cuantas veces sea preciso para propagar su ideal y emborrachar el alma de toda una gran nación. Y así la única verdad es Prusia: su política, su religión, su ciencia, y hay que imponérsela a todos los países de la tierra. Y cuando algún escritor alemán se aparta de esta

verdad con sentimentalismos inadmisibles, la fustiga despiadadamente. Siente gran repugnancia por lo que sea justificar las caídas del individuo, y de ahí que considere indigna de prusianos casi toda la literatura. En cambio, al Estado le es lícito todo: desde la falta al crimen, si de ello deriva el Éxito. Y como Treitschke se expresan otros historiadores alucinadores, discípulos de él casi todos: Lamprecht, Droysen, Maurembrecher, Schiemann y Delbrück, quienes proceden de un modo más violentamente pangermanista y falsean la historia con mayor desenfado; y militares a la manera de von Bernhardi, que exagera el culto por el Estado-Todo y su desprecio por el individuo-Nada; y grandes hombres de ciencia, sobresalientemente Haeckel y Oswald, que convierten la doctrina monista en base del derecho del más fuerte, llegando el segundo a decir que, por serlo el alemán, a él es a quien corresponde «organizar el imperio ético universal»; y teólogos a la cabeza de los cuales figuran Dryander y Deissmann, que apadrinan la loca concepción de Lamprecht sobre la indudable existencia de un «Dios cristiano germánico», amante del militarismo y de la guerra, superior en todo a los dioses de las religiones dulzotas y sentimentales; y una nube de periodistas y publicistas y dibujantes: Maximiliano Harden, Daniel Frymann, Pablo Langhaus, Alfred Kerr, Moritz Arndt, Pablo Rohrbach..., que inundan los periódicos de artículos y las librerías de folletos y de mapas con la misma tesis violentamente imperialista. Alemania entera, con esta intensa y extensa propaganda hecha desde todos los flancos, se puso ebria de nacionalismo, y un pueblo no puede vivir mucho tiempo sin estallar. Y estalló en 1914. La guerra...

En Francia, durante los momentos más angustiosos de la lucha, en diciembre del año fatal, cuando los sabios hablaban como pudiera haberlo hecho el brutal colonista Gustavo Frenssen, se eleva la voz serena de un filósofo, Bergson, protestando de que un pueblo proyectara la mecanización del espíritu, en vez de la espiritualización de la materia, y pidiendo que hubiese más libertad, más fraternidad y más justicia. Alemania no hubiera tolerado entonces un lenguaje semejante porque estaba casi totalmente invadida de pangermanismo, y de su estado anómalo sólo podría sacarla un brusco despertar por las fuerzas materiales extraídas de la fuerza moral de que habló el propio Bergson. Tal vez el «predominio unila-

teral de la idea de profesión sobre la idea de cultura», que Scheler señala con frase precisa y exacta, explica mejor que nada la génesis del estado espiritual de la Alemania de la anteguerra, totalmente entregada a una obediencia absoluta.

Un frenesí sensual

La guerra... Hercismos y crueldades... Fe ciega en la patria... Estupor primero y desencanto después... Por último, el dolor, la humillación, el desastre... Y aquella nación gloriosa, soberbia, que había impuesto al mundo entero su pauta de armamentos y los gestos de cuyo emperador hacían temblar a todas las cancillerías, sintió que algo muy grande se derrumbaba por dentro. Desde que Treitschke lo dijo por primera vez, se les había repetido incesantemente a los alemanes que el resultado de las guerras era un juicio de Dios. ¿Entonces era que Dios, el propio Dios prusiano, había combatido contra Alemania? Se cumplía en esta gran derrota suya la insospechada profecía de Nietzsche, contenida en una frase dicha apenas firmado el Tratado de Francfort: «Parece más fácil alcanzar una gran victoria que soportarla e impedir que una gran derrota nazca de ella». Alemania no había sabido soportar su victoria de 1870, y se preparó, con su orgullo pangermanista, con su culto fanático al Estado-Dios, la derrota de 1918, que la dejó sumida en pasmo y desorientó a Europa entera, ganada hasta entonces por la adoración a la fuerza y que por cierto en estos instantes parece de nuevo en coqueteos por ella (era en el año 1934).

La crisis espiritual de Alemania al fin de la guerra la había sufrido antes Rusia en convulsión revolucionaria, y la sufrieron después Francia, Italia, Inglaterra y Austria: todos los países combatientes en mayor o menor escala. Ante ellos había caído, en el campo de batalla, el cadáver del espíritu de Europa, y como sin espíritu no puede haber vida superior, tras la estupefacción idiota de los primeros momentos, se apoderó un frenesí sensual de todos los pueblos afectados por la catástrofe. Se había torpedeado un tipo de civilización y naufragaba una moral. Europa, sin gobierno ni orientación, se divertía. Sobre cada tumba colectiva se abrió un cabaret en que danzaban con frenesí cuerpos sin alma. La bacanal en Berlín era monstruosa y constante. Ya nadie se ocupaba más

que del presente. Y como en Berlín, también en París, Viena, Londres y en Roma. Los pueblos estaban espiritualmente apagados, y sobre sus conciencias pesaba la responsabilidad del inmenso crimen. Y aturdían su falta de preocupación idealista en el fango más groseramente material. Sólo existía la ambición de ganar mucho dinero; sólo se percibía una finalidad: gozar físicamente hasta el hartazgo.

¡Dios a la vista!

Pero debajo de aquel estruendo de concupiscencias y de negocios, de músicas bárbaras y de danzas negras, de borracheras y de estupefacientes, latía un nuevo espíritu. De la nueva Europa niña, como de todos los estados infantiles de la humanidad, comenzó a surgir pronto una extraordinaria manifestación religiosa, y era como si la sombra de San Agustín volviera a gritarle al hombre que el placer es un mal. Y el mundo, convicto de su extravío, y acaso haciendo suyo el pensamiento pascaliano, parecía pedirle a la Divinidad humildemente que le sometiese a su propia razón insubordinada. «¡Dios a la vista!», exclamó como vigía de España Ortega y Gasset, para que el singular fenómeno no se nos quedara inadvertido. ¿Qué era lo que había pasado? Sin duda, que como consecuencia de la enorme conmoción, al hombre se le había salido su yo fuera de sí y, pasados los primeros efectos de tan dramática peripecia, comenzaba a buscarse a sí mismo, con ansia febril de encontrar su yo extraviado. En uno de los papiros salvados del Pir-m-haru, el maravilloso Libro de los muertos, monumento imperecedero de la literatura egipcia, al clamar porque su corazón no le abandone, dice el hombre suplicante: «Tú eres yo en mí». Así el hombre más sensible de la Europa nueva, al salir de entre los escombros del espíritu muerto, quiere tener su «yo» en él, y como no lo encuentra entre la algarabía convulsiva de los que chalanean como gitanos y danzan como locos—paraje desolador en el que acaba de comprobar con espanto que está siendo otro distinto—, se recluye en la soledad, como Kempis, para ver si es posible parlamentar con su otro yo entre las tupidas frondosidades de la mística y de la dogmática. A veces no acaba de encontrarlo y se resuelve en una honda conturbación que produce libros, como los de Ernest Glas-

ser, Sinclair Lewis, Henri Barbusse, Jean Girandoux, Hermann Kester, John dos Passos, Fedor Gladkov, Leonhard Frank, Arnold Zweig, Upton Sinclair y tantos más de esta literatura desconcertante de ahora, de los cuales parecen salir voces profundas clamando por otra moral, y entre cuyas páginas ardientes, desvergonzadas, escépticas o contradictorias, dijérase que se dibujan los perfiles de una humanidad distinta que nos sobrecoge como el anuncio de un cataclismo terrible e impreciso. Pero otras veces sí parece haberlo encontrado en el refugio espiritual del renacimiento cristiano, parcialmente anterior a la gran guerra y coincidente con ella, en que se avivan y extienden las angustiosas preocupaciones que ayer agobiaron a Pascal y hoy atormentan a Unamuno, a través de los estudios tan complejos y variados sobre Jesús, sobre la Santidad, sobre la Edad Media, sobre la Filosofía de la Religión, sobre la ideología católica, sobre lo eterno en el hombre, sobre la Virgen María, sobre la oración y los milagros, sobre la Mística, sobre la Personalidad Cristiana y sobre tantos otros graves problemas en torno al Ser Supremo y al Espíritu humano, que debemos a mentes de todos los países, algunas de ellas de primera magnitud: Scheler, Delekat, Mausbach, Husserl, Gründler, Mager, Söderblom, Otto, Landsberg, Verweyen, Von Hildebram, Heilerwartensleben, Maret, Newmann, Scholz, Papini, Couchoud, Zielinski, Coulange, Lugam, Santiaux, Maritain, Normand, Alain, Rojas, Romero, Carbonell y otras muchas, todas ellas acuciadas por el ferviente deseo de aclarar algo el gran misterio de la vida después de la muerte, o sea, el punto que, según Schopenhauer, es el origen de toda la metafísica, y ésta, a su vez, es el mejor pasaporte para entrar en lo que Heiler llamó «la tierra maravillosa de la religión».

ENMIENDA 18.^a

¿Recordáis la frase terrible de Santa Teresa?: «El infierno es un lugar donde no se ama». Y en otro pasaje confesaba ingenuamente: «En esto de dar contento a otros he tenido extremo cuidado, aunque a mí me hiciese pesar». Ruysbroek, gran místico nórdico del siglo XIV, se refería a un perderse sin retorno, un sumirse en la esencia de ser, esto es: un no saber y un eterno extravío.

Es el mismo anhelo que consume a los hindúes, quienes sienten el brahman y el átman, es decir, lo divino en el alma, que está esclavizada por el cuerpo, y por eso no encuentran salvación más que en la desaparición del ser corporal, para que el alma quede divinizada y pueda llegar a la expansión suma. Para Pitágoras el cuerpo es la tumba del alma; y de forma similar piensan Platón, Plotino, Siddarta, llamado el Budha o iluminado. «Pensar en la muerte—dijo Séneca—es pensar en la libertad.» ¡«Oh vida de los que mueren y muerte de los que nacen!»», decía San Agustín. Todo ello como consecuencia fatal de la apetencia de infinito que el hombre siente dentro de lo que el profesor Beyle llamó, con exacta inspiración en la psicología moderna, «la provincia de lo autotranscendente», en la cual se ejerce una amplísima jurisdicción sobre las más puras aspiraciones del alma humana.

Los negocios del siglo empuñan el alma, y la religión la expansiona hasta los últimos límites. Desde el panteísmo filosófico de Spinoza, que ve a Dios en todo o que cree que todo es Dios, hasta lo que pudiéramos llamar el pan espiritualismo poético de Antero de Quental, que encuentra alma en cada una de las grandes maravillas del mundo que se consideran inanimadas: el mar, el viento, la montaña, la selva, ¿cuánta profunda emoción religiosa no habrá hecho temblar las almas en adoración de este Dios-todo y de este espíritu-todo, además de las emociones engendradas por el amor a los dioses personales de las religiones positivas? Desde Miguel de Molinos, diciéndole al alma en su Guía espiritual: «para ti no hay más cosas que tú y Dios», hasta el padre José de Sigüenza, que nos cuenta en su Historia de la Orden de San Jerónimo cómo se encerraba en su celdilla y desde aquel lugar tan estrecho «paseaba con el alma la anchura de las moradas del cielo», ¿cuánto ensueño de grandeza en la pequeñez no habrá hecho volar las almas hacia inexistentes regiones de prodigio? Desde los escritos de Bossuet, en que se nos cuenta con plena seguridad que los santos en el cielo, tan sumidos están en Dios, tan poseídos de Dios, que apenas si sienten que existan ellos mismos, hasta el trágico «no me da la gana morirme» de Unamuno, que contiene el incontenible temor de no poder seguir siendo lo que es, ¿cuántas contradicciones no habrá sufrido el alma humana en su ansia perenne de perfección e inmortalidad?

¡Ya me he encontrado!... ¡Yo soy yo!

Cuando un hombre puede situarse en estado de divorcio con el cosmos afirma su individualidad frente a las cosas externas exclamando: Yo, yo. La Santa de Avila dejó estampadas en su Libro de las relaciones: «cuando veo alguna cosa hermosa, rica, rica, como agua, campos, olores, música, etc., pareceme no la querría ver ni oír: tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver; y así se me quita la gana de ellas...; esto es basura», las comprende perfectamente y redobla su admiración hacia aquella portentosa monjita tan encendida en todos los amores por Cristo, que ante su paisaje espiritual lo más hermoso del paisaje exterior le parece despreciable. Y al comprenderlas se da cuenta uno de lo pequeñito que es, porque únicamente se acuerda de andar por su «yo» cuando el «no yo» deja de brindar bellezas o tentaciones.

Son aquellos días indicados para el bostezo de las personas frívolas, que sólo viven fuera de sí mismas, es decir, los días tristes y grisáceos, los más propicios a la meditación para los hombres reflexivos que se concentran en sí para autoexaminarse. Ya hace tiempo que yo no encuentro en el mundo más que esas dos clases de hombres: los que tienen vida interior y los que no la tienen. En los primeros, como en las casas moras, todo está debajo de su envoltura; en los segundos, como en los sepulcros vacíos, no hay más que fachada. Aquellos viven lo mismo en la ciudad bulliciosa que en la soledad del monte, en la libertad absoluta que encerrados en la cárcel; porque, llevando la realidad en su espíritu, a todas horas la tienen consigo y pueden darse grandes paseos interiores y edificarse panoramas tan extraordinarios que a su lado «todo es basura». Estos se asfixian, por el contrario, fuera de la bullanga exterior, porque, no teniendo nada espiritual por dentro, son hijos del medio en que se agitan, y sin alma de ese medio quedan como muñecos de guiñol cuando los deja arrinconados el histrión que los mueve a su capricho. Por desgracia, abundan con exceso estos seres superficiales, que jamás han hecho un alto en el camino para pensar, ni aun siquiera cuando la Naturaleza, con ceño hosco y desagradable, parece pedir a todos los humanos que se aislen y mediten. Y como ellos, al ser mayoría dan tono a la vida social, por paradoja están los espíritus densos más solos cuando la gente los rodea.

A mí, al menos, en estos días en que la niebla parece achicar el mundo exterior, al ocultar sus perspectivas lejanas, me acucia intensamente la comezón de releer a los escritores místicos, por los que siempre he sentido una intensa atracción, ya desde los años inolvidables de la infancia, cuando, fascinado por el arrobamiento de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, creía yo notar en mí aquellos mismos deliquios de la transverberación y clamaba a solas, en ímpetus de fanática religiosidad, por el martirio como soldado de la fe en tierra de infieles. Y es curioso, no sólo que en todo momento haya tenido gran apetencia por la lectura de los místicos, sino que siga impregnado de cierto misticismo, que rezuma en todas las acciones de mi vida y que comprendo es la base de la indiferencia con que recibo las más duras adversidades que desde fuera de mí caen sobre mí. Hace ya muchos años cayó en mis manos la Vita Cristi, de Ludolfo de Sajonia, traducida al castellano por fray Ambrosio Montesino, y los arrebatos de aquel místico medieval me produjeron una conmoción tan honda que aún perdura. ¡Cómo, a través de sus páginas, y de las de Eckart, Ryckel, Cusa, Herph, Kempis y demás místicos del norte que después conocí, se va ensanchando el espíritu y se va achicando la materia, hasta llegar a una fortaleza interior que ninguna acometida externa puede asaltar ni derribar! ¡Qué ingenua sencillez transportadora la de nuestros místicos del siglo XVI: Fray Bernardino de Laredo, San Juan de la Cruz, Teresa de Avila...! ¡Y hasta qué punto unos y otros nos robustecen la fe en nuestro ideal y nos hacen menospreciar todos los obstáculos terrenales que se opongan a su triunfo!... Se concibe, después de convivir unas horas con las ansias de estos iluminados, que para Hemerken de Kempis la mayor delicia fuera estar solo y callado para conversar con Dios, según os dice en Soliloquium animae.

¡Solo y callado! Son muchas las horas que permanezco así, no hablando con Dios porque no entiendo su lenguaje, pero sí hablando con mi espíritu, a cuyo través pasan los recuerdos más vivos y de cuyas fibras surgen los ensueños más acariciados. En esos divinos instantes de inefable dicha, es cuando más fuerte se muestra la personalidad, porque mientras transcurren parece despreñada de toda ligadura con su medio, y en alas de la ilusión se vuela y se vuela sin descanso por el ámbito inacabable del «yo», que es el más

prodigioso, extenso y variado de los mundos posibles. Quizá piensa uno entonces en la asombrosa serenidad de aquel magnífico Rodrigo de Borja, que después fue Papa, imperturbable ante el destierro y la cárcel como ante el naufragio y la muerte inminente. Acaso recuerda haber leído que los primeros cristianos caían despedazados por las garras de las fieras sin perder la placidez de su rostro. Y se imagina que el placer de los dioses no debe ser la venganza, como se dice, sino el sacrificio, porque adquiere la convicción de que existe un estoicismo del deber y ha de existir necesariamente la voluptuosidad de sacrificarse en aras del bien universal. Lograda esta ingravidez del espíritu, se siente uno como aliviado de las miserias cotidianas y, al modo de un niño ávido de novedades que se asoman por primera vez al espectáculo alucinante de la vida, empieza a captar sensaciones nuevas, y le acomete un frenesí o le pasma una admiración ante el incomparable acontecimiento que acaba de descubrir. Solamente en aquel minuto inmortal es cuando se encuentra el hombre a sí mismo y se percata de que el resto del tiempo ha estado sumergido en algo que no era él. Y un temblor de espanto sacude el alma de quien tiene la suficiente sensibilidad para comprender lo terrible que «uno» sea realmente «uno» en muy breves escenas del largo drama que vive sobre la tierra, siendo casi siempre otro distinto de sí mismo y muchas veces parte alícuota de un todo que no puede abarcar. Por reacción normal del yo le acomete al hombre, después de percibido este trágico destino de su vivir, un ho-

rror hacia todo lo que le priva de ser él, y procura concentrarse de modo que no sienta más latido que el de su corazón, ni más pensamiento que el de su inteligencia. Es como si se sacara a su personalidad del pozo social en que estaba a punto de ahogarse y se dedicara a ponerla a salvo de toda nueva relación peligrosa para los contornos netos y limpios de su verdadero ser. Y le acometen unos deseos irreprimibles de gritar: «¡Y ya me he encontrado!... ¡Yo soy yo!...»

¡Ahí es nada, obtener esta gran victoria que nos permite separar nuestro «yo» del «otro», el cual vive con frecuencia dentro de nosotros sin que de nosotros forme parte, pero si comiendo de nuestra sustancia y desfigurando la fisonomía de nuestro espíritu! Porque no hay lucha más tremenda y dramática que la que se desarrolla dentro de uno cuando el «otro» vive sobre el «yo» y le quiere hacer creer que es el «yo» y no el «otro». Los diálogos sin palabras altas que se entablan entonces dentro del alma entre el «yo» y el «otro» son angustiosos, hacen palpar el corazón anhelantemente y producen un insomnio atormentador. Y sólo cuando nuestra razón y nuestros sentimientos matan al «otro», que estaba enroscado como yedra en nuestro «yo», con pretensión de asfixiarlo, se desvanece la angustia y se respira con tanto placer como cuando se sale a pleno aire después de haber pasado el día en las tinieblas de una mina. Es que ha resurgido, limpio y puro, el yo concreto y personal y se vuelve de nuevo a ser plenamente lo que originalmente se era.

REFERENCIAS

- (1) La información detallada sobre la vida parlamentaria de don Félix Gordón Ordás puede hallarse en su obra *Mi política en España*, particularmente en el volumen I.